

— ¡Cándida!, gritó el joven levantándose como movido por un resorte y cogiéndole la cabeza entre las manos: ibas á decir otra palabra..., ¡dila!

Y Cándida le susurró al oído: «¡Te amo!,» y escondiendo la cara en el hombro del joven, prorrumpió en un llanto desesperado.

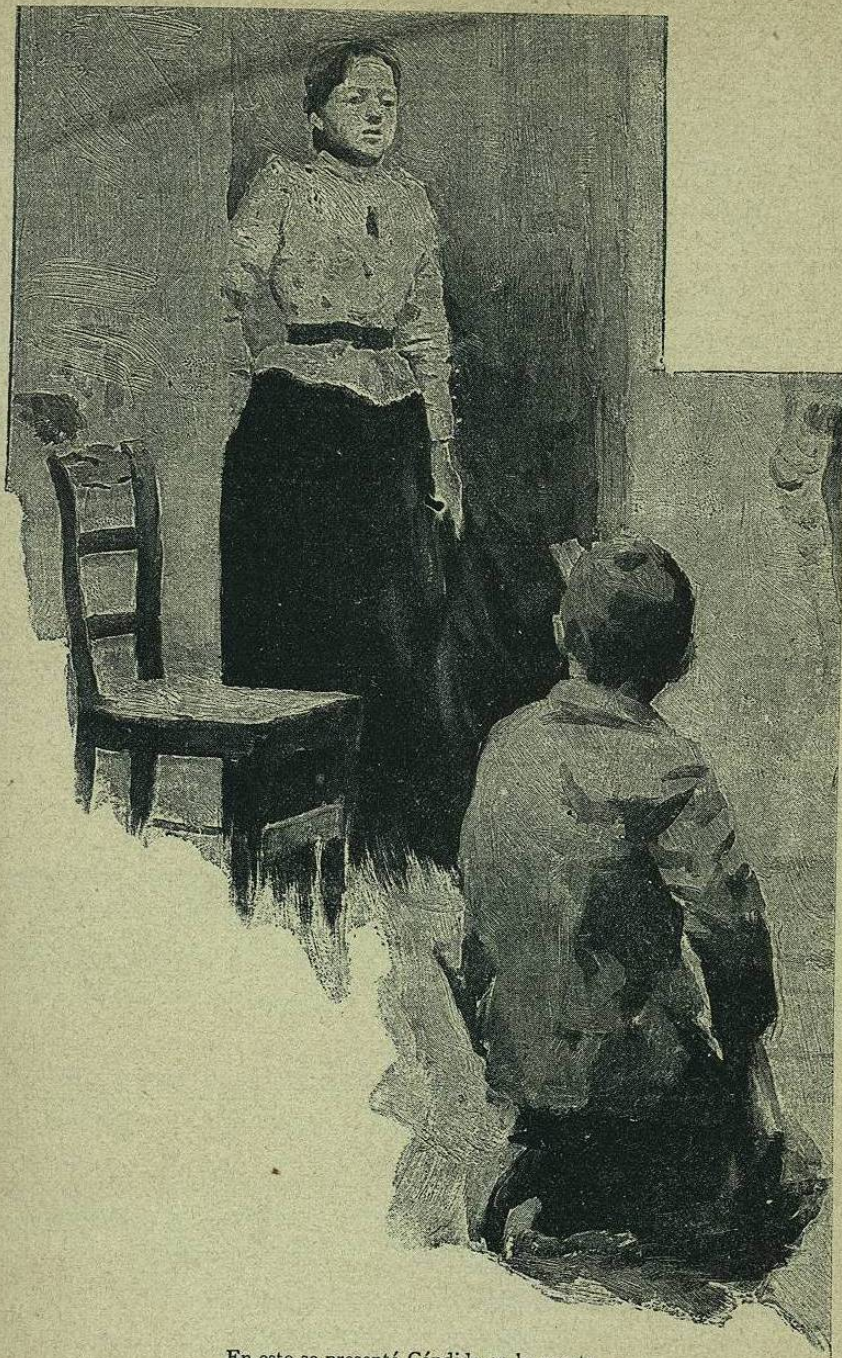
XXIII

Sobresaltólos en tal momento un estrépito que resonó en el terradillo hacia la parte del cuarto de Iris: primero oyeron la voz de Furio, luego la de Carlos, después el sonido de una estruendosa bofetada, un grito de Iris y ruido de pasos precipitados.

— ¡Ah, lo temía!, gritó Cándida lanzándose fuera del cuarto, seguida del joven.

Furio, ignorante de la llegada de Carlos, regresó á la quinta cuando era ya de noche; y al ver luz en el cuarto de Iris y á ésta á la ventana de espaldas al campo, corrió de puntillas al terradillo, trepó poco á poco al antepecho, y la besó en los cabellos diciéndola apasionadamente: «¡Ángel querido!» El marido, que estaba en el cuarto, le arrojó de la ventana de una bofetada, haciéndole caer de bruces sobre las macetas.

Furio, aterrado, tembloroso, con la cara ensangrentada, pálido como un difunto, se precipitó por las escaleras en busca de un refugio. Carlos lo persiguió; el niño se metió en la primera pieza de la planta baja, pero no tuvo tiempo de cerrar la puerta; su hermano entró amenazándole; él, enloquecido de espanto, cogió una escopeta que había en un rincón y se puso en guardia dando la espalda á la pared. En esto se presentó Cándida en la puerta; Carlos se adelantó más encolerizado;



En esto se presentó Cándida en la puerta.

Furio, retrocediendo, dió con la culata de la escopeta en la pared, al mismo tiempo de recibir ésta el golpe salió el tiro, la joven huyó lanzando un agudísimo grito, Riconovaldo corrió tras ella, y Carlos desapareció... Furio dejó caer el arma y se quedó solo, inmóvil, petrificado.

Siguiéronse algunos minutos de silencio profundo.

Riconovaldo volvió á asomarse á la puerta y dijo fríamente:

— Cándida está herida en los dedos.

— ¡Herida!, gritó con desesperación el muchacho metiéndose las manos entre los cabellos, y luego añadió intentando salir: ¡Pronto, pronto! Hay que vendarle la mano.

— No, contestó el joven deteniéndole; hay que cortarle el brazo.

Furio se desmayó.

XXIV

Iris y su marido se marcharon á la mañana siguiente: todo se había aclarado en pocas palabras; habíase adivinado primero y luego puesto fuera de duda la conducta inconsiderada de aquella señora, de suerte que ni ella ni Carlos podían permanecer más en la quinta.

Era ya muy tarde cuando Furio volvió en sí; cuando salió del desmayo tuvo una fuerte calentura; calmada ésta así como el delirio, se encontró en su cuarto solo y en medio de un profundo silencio, como si la quinta hubiese quedado deshabitada.

De pronto recordó lo ocurrido la noche anterior, sintió una angustia desesperada y pasó horas enteras llorando amargamente y exclamando entre sollozos: «¡Cándida! ¡Mi pobre

Cándida! ¿Qué es lo que he hecho, Dios mío?» y deseaba morir.

Estuvo muchas horas solo, sin oír el rumor de un paso ni de una voz, oprimido por una desazón indecible.

De pronto se abrió la puerta de su cuarto. Se sentó en la cama; pero no vió á nadie ni oyó nada: no parecía sino que había abierto la puerta un fantasma.

Pasaron unos cuantos minutos más.

Oyó ruido de pasos lentos y pesados: alguien subía por la escalera; pasó su padre por delante de la puerta, sin mirar; pasó la tía, pasó el médico de la casa, pasó un caballero desconocido, pasó también Riconoaldo, todos callados, cabizbajos, tristes.

Escuchó con mayor atención, oyó que subían al segundo piso y se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Entonces recordó aquellas palabras: «Hay que cortarle el brazo,» y tembló violentamente con todo su cuerpo.

A los pocos minutos se acercó alguien á la puerta y dijo:
— Ya ha concluído.

Entonces Furio lanzó un grito desgarrador y se tapó la cabeza con las sábanas, prorrumpiendo en sollozos desesperados.

XXV

Entretanto Riconoaldo había llevado al comedor á los dos viejos é hizo que se sentaran delante de él, encargándoles que le escucharan sin interrumpirle.

— Les he hecho á ustedes venir aquí, empezó á decir con rostro y acento severos, para decirles que ustedes tienen la culpa de todo lo que ha sucedido.

El viejo se enderezó.

— Déjeme hablar, prosiguió Riconoaldo; tengo que decirles algo que nadie les ha dicho nunca ó que nunca han querido ustedes comprender, y es que jamás han tenido corazón



Oyó ruido de pasos lentos y pesados.

para Furio, que le han desconocido, descuidado y tenido en casa como un extraño, creyéndose ustedes desligados de todo deber para con él, excepto el de darle comida y cama... No me interrumpen... Le han tenido ustedes siempre por tonto, cuando tiene mucho talento; por perverso, y posee un buen

corazón y es superior en todo y por todo á ustedes, á su hermano, á mí, á toda mi familia y á la de ustedes. Siempre le han humillado; le han tapado la boca cuantas veces ha pedido un poco de cariño; le han tenido aquí por conveniencia de ustedes seis meses del año, como una fiera en un parque, volviéndose salvaje en la soledad y atontándose en el aburrimiento; le han hecho respirar, por espacio de catorce años, no el aire puro y benéfico de la familia, sino el frío y pesado de un hospicio, como si se le hubiera recogido en la calle ó estuviera aquí á pensión; en una palabra, no han tenido ustedes para él un halago, ni un cuidado, ni un solo pensamiento. No es, pues, de extrañar que ese muchacho, con tanto cariño en el alma, cariño al que no se le ha permitido dar expansión, lo haya derramado todo impetuosamente á la primera ocasión que se le ha presentado; no es de maravillar que las primeras palabras afectuosas hayan encontrado en él un eco demasiado vivo, puesto que jamás le habían hecho ustedes oír ninguna; es muy natural que le haya trastornado el cerebro la primera cara de mujer que se le ha puesto delante, si no había visto nunca ninguna, si había estado apartado de la gente, si había vivido en medio de los campos como un eremita. Sacrifiquen ustedes una vez sus comodidades, vayan á vivir á la ciudad, llévenlo á casa de sus conocidos, hagan que se trate con las jóvenes, denle ustedes más libertad, ánimenlo, quíeranlo y háganle comprender que le quieren, y penetren ustedes algo en su corazón y en su cabeza, que no todos estamos hechos del mismo modo ni hay que juzgar á los demás por nosotros mismos. Y acaben ustedes de una vez con ese sistema de educación que pretende mantener la autoridad con la frialdad y la disciplina con la humillación, y no sirve más que para sofocar el amor propio, endurecer el corazón, alimentar la desconfianza y sem-

brar la aversión y la ingratitud. Es una educación de colegio, y la casa no es un colegio. En casa no debe haber frialdades, ni odios, ni hipocresías, ni opresiones; en casa se corrige, se aconseja, se prevé, se dan buenos ejemplos y se quiere, y de este modo se cumple el propio deber, se educan los hijos, se preparan los hombres y se trabaja para la sociedad. Perdónenme ustedes si he estado un poco duro, y ahora vamos á poner fin á esta escena.

Dijo todas estas cosas con tanto calor, con tanta energía, con un acento tan marcado de persuasión y tan expedito, que los dos viejos, dominados, no sólo no encontraron modo de interrumpirle, sino que cuando hubo concluido no supieron qué contestarle.

El inspector habría querido decir con aire de resignación que en todo aquello *había algo de cierto*; pero el joven lo empujó ligeramente para hacerle salir del comedor, sin darle tiempo de respirar.

XXVI

Riconovaldo se asomó á la puerta del cuarto de Furio y le llamó.

Furio, tan pálido y demudado que daba lástima, acudió temblando y vacilante.

— ¡Ánimo!, le dijo el joven; ya es tiempo de que vayas á ver á tu hermana.

— ¡Oh, no!, exclamó el niño con voz entrecortada por el llanto y retrocediendo: no puedo, no tengo valor.

— ¡Ven!, repitió Riconovaldo con acento imperioso. Es nuestro deber mandártelo y el tuyo obedecer.

Furio obedeció.

Riconovaldo lo cogió de la mano y lo llevó al piso de arriba: el padre y la tía los siguieron.

En el momento de entrar en el cuarto de Cándida, Furio sintió que le flaqueaban las piernas; el joven le sostuvo y le dijo: «¡Animo!» y entraron.

El cuarto se hallaba casi á obscuras; Cándida estaba en cama, tapada hasta la barba; Furio, lanzando un grito desesperado, corrió hacia ella; pero se detuvo y de pronto cayó de rodillas, sollozando:

— ¡Cándida!, ¡Cándida! ¡Hermana mía! ¡Yo te quería mucho..., perdóname!

Cándida sacó un brazo é hizo un movimiento para abrazarle; el niño se levantó, inclinó la cabeza sobre su hombro y exclamó con voz sofocada:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Ella le puso entonces una mano en la cabeza y pasaron un rato así.

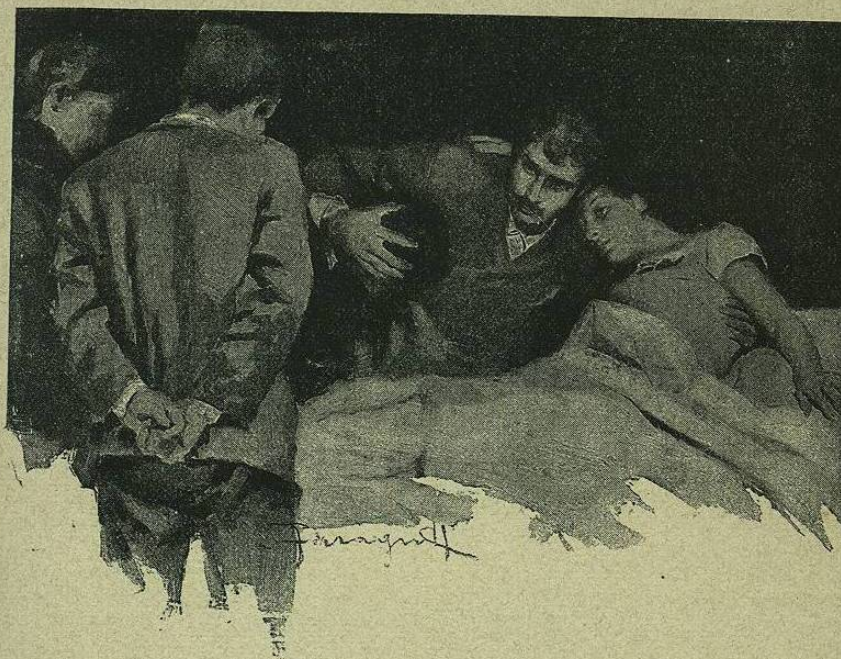
De pronto Furio sintió otra mano en su cabeza y se enderezó atemorizado.

Cándida, sonriendo, le enseñó sus dos manos sanas é intactas como siempre las había tenido.

Furio las miró, se pasó la mano por los ojos, echó una mirada alrededor, la fijó en las manos de Cándida, empezó á respirar con violencia, á gemir, á sonreír, á decir alguna palabra incoherente, y á agitarse como si le hubiera sobrevenido un acceso de fiebre, y después, de repente, recogida con gran esfuerzo la voz, prorrumpió en un penetrante grito de alegría y se echó en brazos de su hermana.

— ¡Pobre Furio!, le dijo ésta acariciándolo afectuosamente, perdóname; he hecho todo esto por tu bien; el dolor que has sufrido por mi causa te ha curado; ahora estás contento y tran-

quilo; pero también yo he sufrido mucho por ti; piensa en lo que me debe haber costado el hacerte penar así! Riconovaldo me ha ayudado mucho para realizar este plan; ha persuadido á papá y á la tía, y todos estábamos de acuerdo: me perdonas, ¿no es verdad, Furio?



Ciñó con un brazo su cuerpo y con el otro la cabeza de Furio.

Furio, sin separar la boca de la cara de Cándida, indicó que sí.

— Y ahora, dijo Riconovaldo, ya he hablado al papá y á la tía; Furio vendrá á hacer un corto viaje conmigo en recompensa de lo que le hemos hecho padecer.

El muchacho se echó al cuello de Riconovaldo. Éste se acercó á Cándida, ciñó con un brazo su cuerpo y con el otro la cabeza de Furio, estrechó á ambos contra su pecho, y des-

pués de mirar un rato á los dos viejos maravillados de aquel acto, sonrió y dijo:

— ¿No habéis comprendido que todavía queda algo muy importante por arreglar?

Y entonces Cándida ocultó detrás de la cabeza de Furio su rostro purpúreo y radiante de prometida.



UN GRAN DÍA

La familia G*** estaba veraneando á pocas millas de Florencia cuando el ejército italiano se aprestaba á marchar sobre Roma, empresa que aquélla no veía con buenos ojos. El padre, la madre, las dos hijas mayores, católicos ardientes y patriotas tranquilos, estaban por los *medios morales*. «Nosotros, decía la señora á los amigos, no entendemos una palabra de política y yo menos que nadie; y si tuviese que confesar por qué pienso como pienso, me vería muy apurada. Pero, ¿qué quieren ustedes? Tengo un presentimiento, siento en mi interior una voz,